



3 CONCIENCIACIÓN

Karen se va a enfrentar a una vista oral como acusada, pero ella no lo sabe. Aunque su documento de identidad anuncia diecisiete primaveras, su mente se quedó anclada en los tiernos siete años. Llega a los juzgados acompañada de su madre y de su padre. Éste es quien, precisamente, la ha denunciado. Mal aconsejado, solicitó la ayuda de la Fiscalía, porque Karen se estaba convirtiendo exteriormente en una adulta difícil de domeñar, según su padre, porque cogía algún que otro berrinche, como los demás niños de siete años. En una de esas rabietas se tiró por el suelo, se agarró a las piernas de su progenitor y le mordió el culo, mientras que profería contra él palabras “amenazantes”. Cuando estos hechos se pusieron en conocimiento de la Fiscalía de Menores, a Karen le incoaron un procedimiento por amenazas.

La vista va a comenzar. Como de costumbre, paso a hablar con la Fiscalía, en esta ocasión con mayor motivo, pues mi mayor afán es impedir una vista judicial a mi clienta, quien desconoce lo que está ocurriendo. Entro en sala para hacer ver al Ministerio Público el sinsentido que está a punto de cometerse. Trato por todos los medios de hacerle comprender que si mi clienta tiene la mente de una niña de siete años, es claro que estamos en presencia de una persona inimputable. Y de esto último a mí no me cabe la menor duda. El informe forense, una pericial de parte y el certificado de discapacidad lo acreditan. A pesar de mis intentos, el Ministerio Fiscal sólo quiere discutir sobre ello si entramos a juicio. Finalmente, ambas partes cedemos y acordamos una medida de tratamiento ambulatorio, simplemente el mismo tratamiento que se le venía aplicando los últimos años. Era evidente que la Fiscalía no deseaba otra cosa que no fuera una muesca más en la culata, sobretodo si pensamos que el Equipo Técnico había recomendado el archivo del expediente.

La vista de conformidad ha terminado. Karen me pregunta por qué llevo la toga puesta. Me la quito de inmediato, porque noto que le está produciendo cierto desasosiego verme vestido de negro hasta los pies. Mientras me despojo de ella, le explico que es mi uniforme, y que como mi trabajo ya ha finalizado, me la puedo quitar. Karen, con el candor de sus siete años, me responde: “¡Ah, como el de los bomberos!”